

del hombre. El marco ideológico viene reforzado con la aportación que abre el conjunto de contribuciones: la del profesor Peces-Barba, Rector de la Universidad Carlos III. Se trata, en realidad, de la traducción italiana de la introducción de su libro *La dignidad de la persona desde la Filosofía del Derecho* (Madrid, 2003), en donde se recogen conocidos tópicos anticlericales en favor de una moral «laica» con la que se pretende suplantar el papel tradicionalmente reservado a la religión.

José Ángel García Cuadrado

Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano. Una respuesta a la Carta sobre el humanismo de Heidegger*, 3ª ed., Biblioteca de Ensayo II, traducción de Teresa Rocha Barco, Siruela, Madrid 2006, 92 pp., 15 x 11, ISBN 84-7844-535-8.

Peter Sloterdijk ha comenzado a ser conocido para el gran público a raíz de la fuerte controversia mantenida en Alemania con el filósofo Jürgen Habermas acerca del futuro de la naturaleza humana. En estos últimos años se han traducido al castellano varias de sus obras, algunas de las cuales han alcanzado la rara fortuna de reeditarse. En este pequeño libro se recoge el texto de la polémica conferencia que el autor pronunció por vez primera en 1997 en Basilea, en un ciclo dedicado a la actualidad del humanismo. Con pocos cambios dictó también esta conferencia en Elmau en 1999, y ahora se publica con ligeras modificaciones, y con una breve consideración final de defensa ante sus críticos. La edición española viene precedida por una presentación de la traductora.

Sloterdijk propone abandonar el término humanismo y lo que tal término connota en la cultura occidental. Siguiendo —e interpretando— a Heidegger se pregunta: «¿Para qué volver a en-

salzar al hombre y a su autorrepresentación ejemplar filosófica en el humanismo como la solución, si precisamente en la catástrofe presente se ha demostrado que el propio hombre, con todos sus sistemas de autosobreelevación y autoexplicación metafísica, es el verdadero problema?» (p. 40). Lo que era una interrogación retórica se torna afirmación explícita más adelante: «El humanismo tiene necesariamente que ofrecerse como cómplice natural de todas las atrocidades habidas y por haber que se cometen apelando al bienestar del hombre» (pp. 50-51). Para Sloterdijk, el gran aliado del humanismo ha sido la metafísica, con la que se ha querido autoexaltar al hombre por encima de los otros seres. Llegado a este punto de crítica al humanismo (en realidad se está refiriendo al cristianismo, marxismo y existencialismo), el autor se separa de Heidegger para seguir a Nietzsche. Los humanismos han fracasado porque en realidad éstos no han sido más que encubridores del sometimiento del hombre por el hombre, lo que ha producido en última instancia la violencia y la destrucción.

Sloterdijk había comenzado su exposición presentando la idea del poder humanizador que posee la lectura de los clásicos (p. 31). Ahora desenmascara esta propuesta, considerándola más que una causa de humanización, el origen de la «domesticación» del hombre. Se hace eco así de la crítica de Nietzsche: los hombres se han autosometido a la domesticación y han puesto en marcha sobre sí mismos un proceso de selección y cría orientándolo a la docilidad del animal doméstico. De este modo se pretende desarmar a aquellas instancias (principalmente religiosas o eclesiásticas) que han adquirido el monopolio de la cría de los hombres (pp. 63-64), al servicio del poder con efectos selectivos

(p. 68). Nietzsche propone entonces el nuevo rumbo que ha de tomar la humanidad: la cría y educación del superhombre (p. 64).

Desde estos presupuestos Sloterdijk da un paso más, sin duda el más polémico. El humanismo domesticador y selectivo ha de dejar de estar en manos de unos pocos, para ampliarse a todo el género humano. Para ello el hombre debe pasar de ser *objeto* de domesticación y selección a *sujeto* activo: «es el signo de los tiempos de la técnica y la antropotécnica que, cada vez más, los hombres van a parar por casualidad a la parte activa o subjetiva de la selección» (p. 71). Como la tarea de seleccionador y discriminador de congéneres (en concreto Sloterdijk propone la manipulación genética, la selección prenatal y el nacimiento opcional) resulta una tarea onerosa, es preciso desarrollar un código antropotécnico (p. 71) para descargar al individuo de la penosa tarea de tomar decisiones acerca de la vida humana.

La propuesta de Sloterdijk resulta ciertamente provocadora; y de hecho no ha dejado de suscitar ásperas reacciones que han servido para alimentar la polémica y la difusión de sus escritos. Posteriormente él mismo se defendió de sus críticos afirmando que se trataba tan sólo de una propuesta sobre el futuro de la humanidad, y no un intento de justificación moral. Sin embargo, en esa misma defensa reafirma que lo deseable sería la ampliación a todo el género humano de las técnicas selectivas. El polémico librito de Sloterdijk posee al menos el mérito de hacernos reflexionar sobre los caminos tan profundamente antihumanos a los que se dirige el abandono del humanismo clásico de inspiración religiosa y fundamento metafísico. La consecuencia natural de dicho abandono ya se está manifestando en su profética visión: la

eficacia técnica se desligará completamente de la moral, y el futuro del hombre se entregará a manos de agentes anónimos, depositarios del saber que guiarán con pasos seguros la evolución del hombre hasta su plena realización.

José Ángel García Cuadrado

Alfredo ÁLVAREZ LACRUZ, *El amor: de Platón a hoy*, Palabra («Albatros», 12), Madrid 2006, 299 p., 14 x 22, ISBN 84-9840-074-0.

El amor es un tema cristiano que está en la entraña del misterio revelado (empezando por la afirmación de 1 Jn 4,8: «Dios es amor») del que dimana hacia el hombre el cual, a su vez, tiene en el amor una vocación y una misión. La vida del cristiano se traza en seguimiento amoroso de Cristo, *Verbum amoris*, y en la difusión de ese amor en la propia vida y en la vida con los demás. La primera encíclica de Benedicto XVI ha reforzado y ha hecho más presente, innegablemente, el interés por el amor.

Al mismo tiempo, el amor ocupa un lugar importante tanto en el pensamiento más o menos relacionado con el cristianismo como también en la filosofía greco-romana o en autores post-cristianos. Establecer la línea que existe desde los primeros pensadores griegos hasta nuestros días en la comprensión y presentación del amor ha sido el objetivo de la obra de Alfredo Álvarez Lacruz. El autor anuncia «una visión panorámica de cómo se ha pensado el amor a lo largo de la historia de occidente». El panorama, en efecto, va apareciendo a lo largo del tiempo, en un desarrollo que amplía progresivamente lo recibido.

El autor divide su trabajo en cuatro periodos a los que corresponden sendos capítulos. El primero se detiene en el pe-